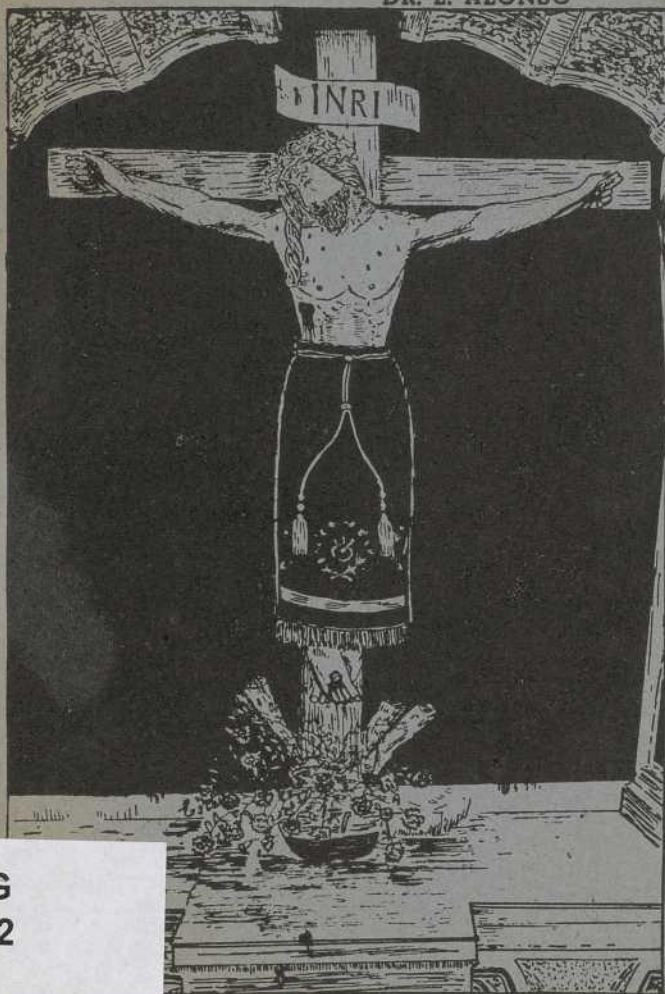


BG
785

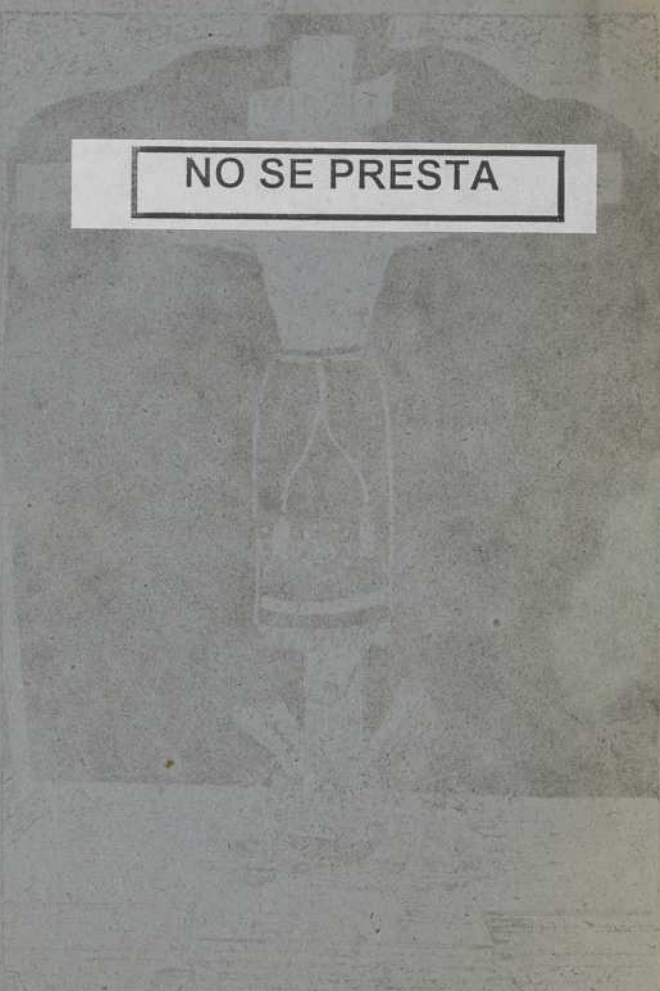
DR. L. ALONSO



BG
432

Imagen del Santísimo Cristo de los Remedios patrono de la Villa de Briones

Fulget Crucis Mysterium



NO SE PRESTA

X

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA CENTRAL



10000223989

2101.187



Con licencia eclesiástica

NOVENA

del Santísimo Cristo de los Remedios

que se venera en Briones

Con el mayor fervor los devotos hijos de la M. N. y Leal Villa de Briones, continuando la veneranda tradición de sus mayores, dedican esta novena, en rendido homenaje de amor a su Santísimo Cristo, a continuación de su festividad, que se celebra el domingo siguiente a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.



DEDICATORIA

A vosotros, hijos de Briones y fieles devotos de vuestro Santísimo Cristo de los Remedios, dedica el autor este humilde trabajo, con el fin de que la llama de la Fé y el fuego del amor a vuestro Santísimo Cristo, que habéis heredado de vuestros antepasados, que tanto amaron a su Santísimo Cristo, no se extingan en vosotros, ni su resplandor se conserve mortecino entre las cenizas, sino que, ajustándoos a vuestra nobleza, seáis continuadores del amor que ellos sintieron hacia su Excelso Patrón.

Que no habrá cosa alguna tan eficaz para curar las llagas de vuestras almas, como el amor y contemplación de las llagas de esta adorada y hermosísima imagen que con tanto celo guardáis en la Ermita de su nombre.

Que El nos bendiga y acepte mi humilde trabajo.

EL AUTOR

Principio de la NOVENA

Arrodillados devotamente ante la imagen sacrosanta, decid: Por la señal de la Santa Cruz, etc.

ACTO DE AMOR (para todos los días)

¡ Señor mío Jesucristo ! qué bueno sois en Vos mismo y para mí: y porque sois tan infinito en bondad, a mí, que soy tan pecador y tan lleno de maldad y miseria moral, me pesa profundamente de haberos ofendido con tantos pecados y con tantas transgresiones de vuestra Santa Ley. Quisiera que más y más me doliera el corazón a causa de mis muchos pecados y de las innumerables ingratitudes que contra Vos he cometido; pero en mi humano y pequeño corazón todo es frialdad y amago de pasión de pecado.

Dadme vuestra gracia, Señor, y un sincero arrepentimiento de mis culpas, con un decidido y eficaz propósito de no volver a ofenderos y de conservar la gracia, apartándome de todas las ocasiones que puedan hacerme caer en el pecado.

Por vuestra bondad y misericordia, Señor, espero me concedáis este señalado favor, juntamente con la gracia que humildemente solicito en esta novena, si ha de ser para vuestra mayor gloria y bien de mi alma. Amén.

ORACION (para todos los días)

Señor Dios, Redentor amoroso de los hombres, que deseando con infinito amor salvar a la pobre humanidad de las miserias de la culpa y libertarla de las ataduras del pecado, sufristeis dolor, afrenta y muerte en una cruz y, apesar de vuestros padecimientos, que eran el sello de vuestro infinito amor, permitisteis tantas profanaciones, que la obcecada humanidad ha cometido en vuestra gloriosa y venerada imagen. Yo, señor, quisiera tener siempre, y mucho más en estos días de vuestra novena, un profundo e íntimo pesar de vuestros padecimientos en la cruz; así os lo suplico por la intercesión y mediación de vuestra Madre y mía, la Santísima Virgen, que al pie de la cruz sufrió tremendas torturas en su amante corazón, para que, mediante ella, me concedas la gracia de una buena vida y feliz muerte. Amén.

Día primero

Jesús acepta la sentencia de muerte y carga sobre sus hombros la pesada Cruz.

Resuenan en nuestros oídos el griterío y las voces de la muchedumbre enloquecida, ante el palacio de Pilatos. Cualquiera hubiera declarado la inocencia total del Augusto acusado, sólo con mirar su semblante y recordar los pasos de su vida, llena de cálido amor.

Mas Pilatos desoye la voz del deber y por el temor de perder su influencia y estado, atemorizado también por las amenazas de los judíos —*si lo pones en libertad, no digas más que eres amigo del César, pues quienquiera que se llame rey, conspira evidentemente contra el César*—, se lava las manos, queriendo absolver su tímido proceder y firma la sentencia de muerte de Jesús, y la promulga desde el Lithostrotos, o montecillo de piedras.

«Jesús de Nazaret, seductor del pueblo, despreciador del César, falso Mesías, será conducido a través de la ciudad hasta el lugar ordinario de las ejecuciones y allí, despojado de sus vestiduras, será clavado en una cruz, permaneciendo suspendido en ella hasta la muerte».

Ante esta infamante sentencia, remate del más inicuo juicio, el Inocente humilla su cabeza y siente interna alegría porque ha llegado la hora de su sacrificio y de la expresión de su sublime amor.

Y sobre sus hombros delicados y divinos carga la pesada cruz; sus pies desnudos avanzan vacilantes, detrás del prisionero, entre los soldados indiferentes y la muchedumbre rencorosa y enloquecida por las calles de la ciudad, soportando tantas crueldades sin una sola queja, sin un sólo lamento y con la expresión sencilla y mayestática de resignación y de amor.

Este proceder de Jesucristo nos espolea y

anima para recibir con resignación las penalidades de la vida y las injurias y mal comportamiento de nuestros semejantes, en reverencia del Crucificado y en satisfacción de nuestras numerosas culpas, y con su gracia esperamos llevar pacientemente nuestra cruz hasta el fin de la vida, para mérito de la gloria.

Amén.

Cinco Padre Nuestros, Ave María y Gloria Patri, en reverencia de las cinco llagas de Jesús.

ORACION (para todos los días)

Redentor nuestro amabilísimo, por todas las bondades y larguezas con las que durante mi vida me habéis favorecido, principalmente por haber querido morir en una cruz para rescatarme del diabólico cautiverio y por el don inefable de vuestra preciosísima sangre derramada por mi alma, postrado a vuestras augustas plantas os doy las más rendidas gracias. Mucho os he ofendido, Señor, no queriendo hacer vuestra divina voluntad, sino la mía; mas, de hoy en adelante, contrito por mis culpas, prometo ante vuestra imagen enderezar los caminos de mi vida y seguir las huellas de vuestra pasión, que me señalan con firmeza el camino del deber y del bien. Vos, Señor, crucificado por mi amor me enseñas a crucificar mis pasiones y arrebatos, en justa correspondencia de amor; desde hoy practicaré la virtud y os complaceré en todo cuanto haga, tenien-

do siempre por lema de mi obrar —*el antes morir que volver a cometer un solo pecado mortal*—. Os lo pido mediante la intercesión de la Santísima Virgen María, que al pie de la cruz fué testigo solemne de vuestros acerbos padecimientos y dolores. Amén.

Pídase con humildad y confianza la gracia especial que se desee obtener en esta Novena.

A Cristo Crucificado

Alma de Cristo, santifícame:
Cuerpo de Cristo, sálvame:
Sangre de Cristo, embriágame:
Agua del costado de Cristo, lávame:
Sudor de Cristo, vivifícame:
Pasión de Cristo, confórtame:
¡ Oh buen Jesús ! ¡ óyeme !
Escóndeme entre tus llagas:
No permitas que yo sea apartado de Ti:
Defiéndeme del enemigo maligno:
En la hora de mi muerte, llámame:
Y mándame venir a Ti:
Y pónme dentro de Ti:
Para que con tus Santos y Angeles, te alabe,
Por todos los siglos, de los siglos. Amén.

Dígase un Credo al Santísimo Cristo.

Ahora se dirán los gozos, que van en la página 21.

Día segundo

Lo mismo que el día primero, excepto la oración propia, que es como sigue.

ORACION

Vosotros, los que pasáis por este camino, ved si hay dolor semejante a mi dolor.

El camino del Gólgota, tan doloroso, es, sin embargo, más glorioso que el que recorrían los Césares al subir al Capitolio.

Camino triunfal, que recorrerán los discípulos del divino Crucificado, hasta el fin de los siglos, siguiendo paso a paso los pasos del Maestro. Lágrimas de dolor y arrepentimiento se unen a las gotas de dolor y sangre que, como estela luminosa, dejará Jesús en su caminar trágico hacia el suplicio.

Caerá Cristo por tres veces en esta senda espinada y amorosa, abrumado por el peso de la cruz y más aún por el peso de nuestros pecados, que ya gravitaban sobre la cruz. Tres veces su frente sacratísima, siempre serena, aunque dolorida, tocará el polvo del camino: tres veces sus labios, de palabras de vida eterna, quedarán afeados al contacto del inmundo suelo, entre los latigazos de los verdugos, los sarcasmos de los fariseos, las risas de los incrédulos y la compasión ineficaz de las almas compasivas.

También nosotros ¡oh Jesús Crucificado! hemos de recorrer en la vida la vía dolorosa, el camino que llega al Gólgota y a semejanza vuestra,—*no es el discípulo de mejor condición que el maestro*—hemos de caer una y más veces abrumados por el peso del dolor,

de la enfermedad, de la deshonra, del abandono, entre los latigazos de los corazones repletos de odio, los sarcasmos de los envidiosos, las risas de los egoístas y la compasión impotente de los sencillos y de los tímidos. En estos momentos a Vos, Señor, dirigimos nuestra mirada esperando sólo de Vos el consuelo y la alegría de la final resurrección—*creo que mi redentor vive y que yo he de resucitar del polvo de la tierra en el último día, y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y en esta mi carne veré a mi Dios. Amén.*

Día tercero

No me llaméis María, empero llamadme Mara, porque el Señor me ha llenado de dolor.

Las almas nobles sufren menos si sólo ellas sufren; pero el dolor es más acerbo si se presente también el dolor de los seres queridos. La Madre de Jesús, quiere despedirse del Hijo amado y, a través de callejuelas, llegó a la calle de Efrain, al tiempo mismo que pasaba el triste cortejo; a las noches de angustia y agonía seguía el del suplicio; quizás no volviera a verlo más. Ahora, allí estaba, perseguido, maniatado, escupido, afeado ¿quién pudiera conocerlo? Los ojos del Hijo encuentran los de la Madre: soy yo, Madre, dirían aquellos ojos, en su lánguida mirada. Tu que me co-

noces, puedes pensar, cómo estará mi corazón, que sólo sabe amar.

Qué esfuerzos haría la Madre desolada, para no caer al suelo, conmovida por la vista del Hijo amado. No, no caerá; con lágrimas en los ojos y dolor inmenso en el corazón, tomará la resolución heroica e inquebrantable de seguir a su Hijo hasta el fin.

También a nosotros, oh Jesús crucificado, nos será dado contemplar en los caminos de la vida vuestros pasos vacilantes y los altaveros de los que os injurian: pero no caeremos abrumados por el dolor, sino más bien formaremos el propósito y la voluntad inquebrantable de seguiros hasta el fin, ayudados en nuestra flaqueza por el recuerdo de los dolores y el ejemplo de vuestra Madre, María Santísima, a la que invocamos y nos unimos en la meditación de vuestra muerte, para ser dignos hijos de su materno y amoroso corazón.

Día cuarto

Si quieres ser mi discípulo, toma tu cruz y sígueme.

¡Oh Señor Crucificado! Pocos pasos habéis dado por aquella escarpada calle del dolor, agobiado por martirio tan doloroso, pálido tu bello rostro, encorvado en toda tu plenitud de vida y pronto a sucumbir totalmente, bajo la carga de tantas torturas. Mas, tus enemigos, que presienten tu desfalleci-

miento, encorajinados por el odio, gozándose en poder contemplar en la cima del Gólgota tu último aliento y los postreros estremecimientos de tu sacratísimo cuerpo, alquilan un hombre que te ayude a llevar la cruz. No es compasión, Señor, es refinamiento: es el refrotarse las manos de gozo satánico, pensando en el placer de contemplar tu agonía. Y aquel jardinero, Simón de Cyrene, acaso por temor a los judíos, o al centurión que manda la fuerza romana; acaso también por sincera piedad, levanta por el medio los pesados maderos, para haceros más liviana la marcha por el camino escarpado.

Cada uno de nosotros quisiéramos ser los dichosos Cireneos que, con nuestro esfuerzo y sacrificio, ayudaríamos para haceros más liviana y llevadera la cruz de la crucifixión.

Mas esto, nos es imposible, oh Señor; proponemos, en compensación, llevar con paciencia y santa resignación, y con tu gracia, hasta con alegría, las cruces que vuestra Providencia haya dispuesto que llevemos en nuestra vida, para lo que pedimos vuestra gracia y solicitamos la fuerza que animaba al Apóstol, cuando decía —*todo lo puedo en Aquel que me conforta*—.

Día quinto

A quien me confesare delante de los hombres, le confesaré yo, delante de mi Padre Celestial.

Al llegar, oh buen Jesús, a la parte de la ciudad hermoseedada por los bellos y esbeltos edificios, los espectadores de aquella procesión dolorosa y sangrienta han aumentado extraordinariamente. Pocos corazones palpitan en sentimiento de caridad: los más, son curiosos, para los que aquel tremendo espectáculo será motivo de sus charlas, cuando, pasada la fiesta, vuelvan a sus hogares. Y ¿quién puede aparecer compasivo, ante los gestos iracundos y los hoscos rostros de vuestros enemigos?

Más, a lo que los discípulos no se atreven y los varones que le siguen, atrévese una mujer de noble y distinguido porte. Aceleradamente, antes que Jesús pase de su presencia, con paso firme, ademán resuelto, llevando en sus manos el femenino velo que antes tocara su cabeza, acercóse a Jesús y, ante la atónita mirada de los verdugos, enjuga y limpia aquel rostro divino, afeado y sucio por los esputos, las llagas y la sangre. Es de presumir que no faltaran gestos de odio y amenaza, para aquel femenil atrevimiento; más la Verónica recibe en aquel mismo instante el premio de su compasiva acción, llevándose en su velo la Vera-icon, o imagen verdadera del Augusto Ajusticiado.

¡Oh Señor crucificado! También nosotros pensamos ahora que hubiéramos tenido valor para secar y enjugar vuestro rostro dolorido; mas ya que ello no sea posible, protestamos

en vuestra presencia y sinceramente proponemos llevar vuestro nombre en nuestros labios sin profanarlo con blasfemias, ni palabras que lastimen vuestros divinos oídos y confesarte ante los hombres, sin temores pueriles al qué dirán, primeramente a Ti, Soberano Dios de todas las cosas y después la fé que, mediante vuestra preciosa sangre, hemos recibido. Amén.

Día sexto

*Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, antes
llorad por vosotras y por vuestros hijos.*

La ley prohibía a los espectadores que contemplasen el paso de los condenados a muerte, que derramasen lágrimas, acaso por un pequeño resto de compasión a los que habían de ser crucificados. Al llegar ya al pié mismo del Gólgota, un grupo de curiosas mujeres, estacionadas para contemplar el paso de Jesús de Nazaret, movidas a piedad por la lastimada figura de Jesús y acongojadas por el triste estado en que se encontraba Aquel a quien habían presentado sus hijos el día venturoso del Domingo de Ramos, cuando por toda la ciudad resonaba el jubiloso *Hosanna Filio David*, no pueden contener sus sollozos y prorrumpan en gritos y lamentos, coreados por los gritos y lamentos de los pequeñuelos que llevaban en sus brazos.

También el corazón compasivo y tiernísi-

mo del Salvador se acongoja al escuchar aquellos lamentos y, no queriendo dejar sin recompensa la piadosa explosión de aquellos corazones tocados por el dolor, ante los atropellos al Inocente, les dirige su divina palabra llena de bondad y de advertencia:—*Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras y por vuestros hijos: porque día llegará en el que se diga: felices las mujeres que no tuvieron hijos y dichosos los pechos que no amamantaron. También se dirá a los montes: venid sobre nosotros y a las cumbres, sepultadnos. Porque si esto sucede con el árbol verde, ¿qué se hará con el seco?*

¡ Oh Señor! Nuestro corazón llora también tus afrentas y dolores: consoladnos como a las piadosas mujeres y dadnos la gracia de llorar a tiempo nuestros pecados, porque si así ha sido tratado el Inocente ¿qué se hará con el culpable? Perdonadnos, Señor, nuestras culpas para que podamos oír un día vuestras amorosas palabras en la entrada de la gloria. Amén.

Día séptimo

Repartiéronse mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes.

La espectacular comitiva ha llegado a la cumbre del Gólgota. También el Redentor, agotado, ha llegado; más rehusa saciar su apremiante sed y reanimar sus fuerzas con la

pócima de vino mirrado, que, según costumbre, le ofrecieron los verdugos; quiere consumir el sacrificio en toda su plenitud sin lenitivos, de otro lado bien momentáneos e ineficaces.

La víctima inocente hállase cara a cara de sus perseguidores y verdugos. Despójánle vivamente de sus vestiduras, y experimenta el Señor intensísimo dolor por hallarse la túnica adherida fuertemente a las desgarradas carnes. Sus ojos bajos y su aspecto humillado son buenas pruebas de la vergüenza que esta afrenta le ocasiona. Su cuerpo aparece cubierto con la púrpura, no de la realeza humana, sino de su cuerpo amoratado por los golpes y cardenales. Nosotros, al contemplar el cuerpo acardenalado y herido del divino y manso Redentor, a la par que lloramos tan cruel carnicería, hacemos el firme propósito de despojarnos voluntariamente de los afectos y pasiones malsanos, que suelen ponernos en próximas ocasiones de pecado. Y ante Jesús, desnudo por nuestros pecados, juramos guardar la modestia cristiana en nuestros vestidos, para no ser piedra de escándalo en la que tropiecen y por la que caigan en pecado nuestros hermanos.

Cumpléndolo así, esperamos ser vestidos con la hermosa vestidura de la gracia, mientras por la tierra peregrinamos, y después con la púrpura de la gloria y de la inmortalidad feliz. Amén.

Día octavo

*Ha sido asimilado a los más viles
malhechores.*

Ha llegado la hora de sexta de aquel día, el más transcendente de la historia de la humanidad. Los brazos y los pies del divino Redentor han sido extendidos y clavados fuertemente en los maderos. Ni una queja, ni un sólo lamento del Santo Ajusticiado. La sangre divina ha brotado abundante del cuerpo crucificado y ha regado la tierra en prenda de perdón y de redención. La cruz en alto y vertical, desafiando al tiempo y al espacio, en testimonio de salud. Se han cumplido las profecías divinas: *cuando sea levantado entre el cielo y la tierra atraeré a mi el mundo*. El pueblo aullaba más que gritaba y los oídos del crucificado zumbantes por la falta de sangre, aún pudieron escuchar aquellas blasfemias: *maldito sea el criminal suspendido de la cruz*. Al extremo superior de la cruz está el inri, signo de escarnio, aunque verdad inconcusa que no ha podido ser borrada por la maldad ni la indiferencia: *Jesús de Nazaret, rey de los judíos*. No han terminado las mofas y blasfemias: unos gritan: *Ha salvado a otros, que se salve a si mismo*. Otros dicen: *que descienda de la cruz y creeremos en El*. Otros mueven la cabeza en alarde de incredulidad: *Tú que destruyes el templo y lo reedificas en tres días, baja de la cruz y sálvate*.

Hasta uno de los ladrones se atreve a gritar: *tienen razón, si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros.* El ladrón arrepentido, exclamaba entretanto: *¡ Señor! acuérdate de mi cuando estuvieres en tu reino.*

En el fragor de aquella baraúnda, dominando los gritos salvajes y las blasfemias, una voz amorosa envuelve en arrullo de perdón la cima del Gólgota y se extiende después por todo el universo: *¡Padre! perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Poco después todo ha terminado. Ha muerto el Justo: al pie de la cruz caen arrodillados los que sufrieron con El: su madre, las piadosas mujeres y Juan.

También nosotros, arrodillados ante la cruz, te proclamamos Rey y Redentor del universo y muriendo a la maldad y al pecado, esperamos resucitar triunfantes para la gloria. Amén.

Día noveno.

Fué colocado su cuerpo en un sepulcro nuevo de piedra.

José de Arimatea, noble, miembro del gran consejo y amigo de Jesús: y Nicodemo, el doctor de la ley, único que se había atrevido a defender a Jesús contra las acusaciones fementidas de los jefes del pueblo, conseguido de Pilatos un permiso, marchan al Gólgota, para hacerse cargo del cuerpo muerto y darle piadosa sepultura.

Allí también está Juan y algún discípulo más y entre todos desclavaron a Jesús y le llevaron piadosamente a los brazos de la Madre. Es ahora, cuando la Virgen puede saciar sus ansias de amor, abrazando el cuerpo exánime de su Hijo querido. Aquel Hijo, el más hermoso entre los hijos de los hombres, a quien tantas veces tuviera apretado a su seno virginal, está ahora en su regazo con el rostro inanimado, los ojos cerrados por la muerte, la cabeza sangrante, el corazón traspasado y sin una parte sana. Ella le contempla y le baña con sus lágrimas y le cubre de besos sus preciosas heridas.

En tanto se concede a la Madre el último consuelo, el piadoso José, extiende sobre la piedra el sudario que servirá para la sepultura de Jesús y cubriendo de perfumes el cuerpo sacratísimo del Salvador, le colocan en el nicho de piedra, cerrándolo con una gran losa. Ha terminado la jornada sangrienta. María y las mujeres marchan a la ciudad, para llorar en silencio, la triste soledad y esperar con impaciencia el gran momento de la alegre resurrección. María y las piadosas mujeres, más confiadas que los discípulos, no han olvidado las palabras del Redentor: *Destruid este templo (a su cuerpo se refería) y yo le reedificaré en tres días.*

Lloremos también nosotros nuestros pecados, que así han puesto al divino Jesús: sepulquémoslos en el sepulcro de piedra de una con-

fesión sincera y esperemos confiados nuestra
resurrección a la vida de la gracia, prenda de
nuestra final resurrección a la vida de la glo-
ria Amén.

Gozos al Santísimo Cristo de los Remedios.

Pues tenéis todo el poder,
de Dios Padre en vuestra mano.

*Crucifijo soberano
venid nos a socorrer.*

Vos, sois la imagen amada,
de todo el pueblo de Briones
y con amor alabada,
por su boca y corazones:
y pues sois todo su amparo
y queréis favorecer.

*Crucifijo soberano
venid nos a socorrer.*

De los Remedios os llaman,
Santísimo Cristo, Señor:
y con razón os aclaman,
su amparo y su Redentor:
y pues Briones os adora,
con alegría y placer.

*Crucifijo soberano
venid nos a socorrer.*

En Vos, encuentran, Señor,
los ciegos y los tullidos,
cojos, mancos y afligidos,
vuestro remedio y favor:
y pues sois fuente de gracia
que pedimos obtener.

*Crucifijo soberano
venid nos a socorrer.*

Desde tiempos muy remotos,
ofrecen adoraciones
todos los hijos de Briones,
a vuestra imagen, por votos:
confesando vuestro amor,
vuestra bondad y poder.

*Crucifijo soberano
venid nos a socorrer.*

El amor a Vos, Señor,
que os profesan los de Briones,
con ardientes corazones,
implora vuestro favor:
y pues sois divino Autor,
de los hombres y su ser.

*Crucifijo soberano
venid nos a socorrer.*

Por común necesidad,
os dirigen peticiones,
aceptáis sus oraciones
y cumplís su voluntad.
Nadie aquí os suplica en vano:
todos llevan su querer.

*Crucifijo soberano
venid nos a socorrer.*

Vuestro poder infinito,
ha colmado de favores
a todos los labradores
y demás de este distrito:
por eso os llaman bendito,
y alabado vuestro ser.

*Crucifijo soberano
venid nos a socorrer.*

Vuestro amor tierno hacia el hombre,
es infinito, Señor,
por eso sois Redentor
y Salvador vuestro nombre;
por eso nos atrevemos
a implorar vuestro poder.

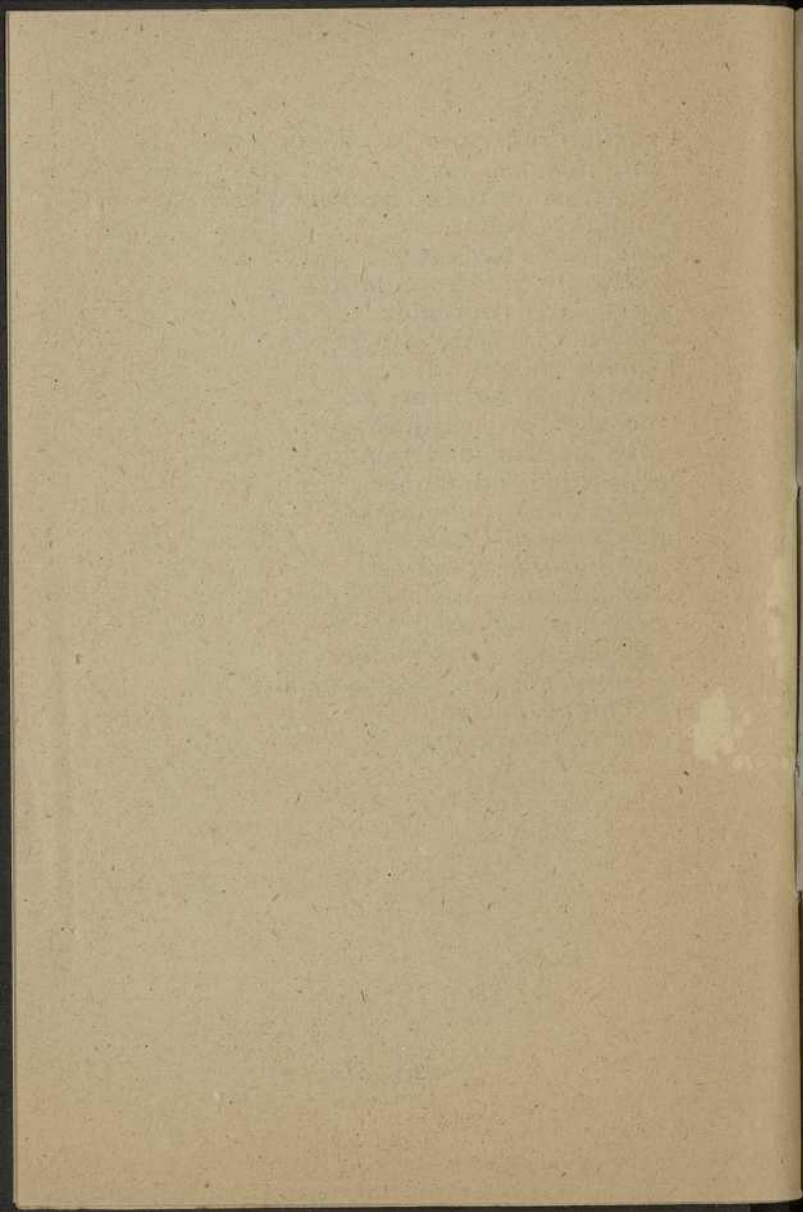
*Crucifijo soberano
venid nos a socorrer.*

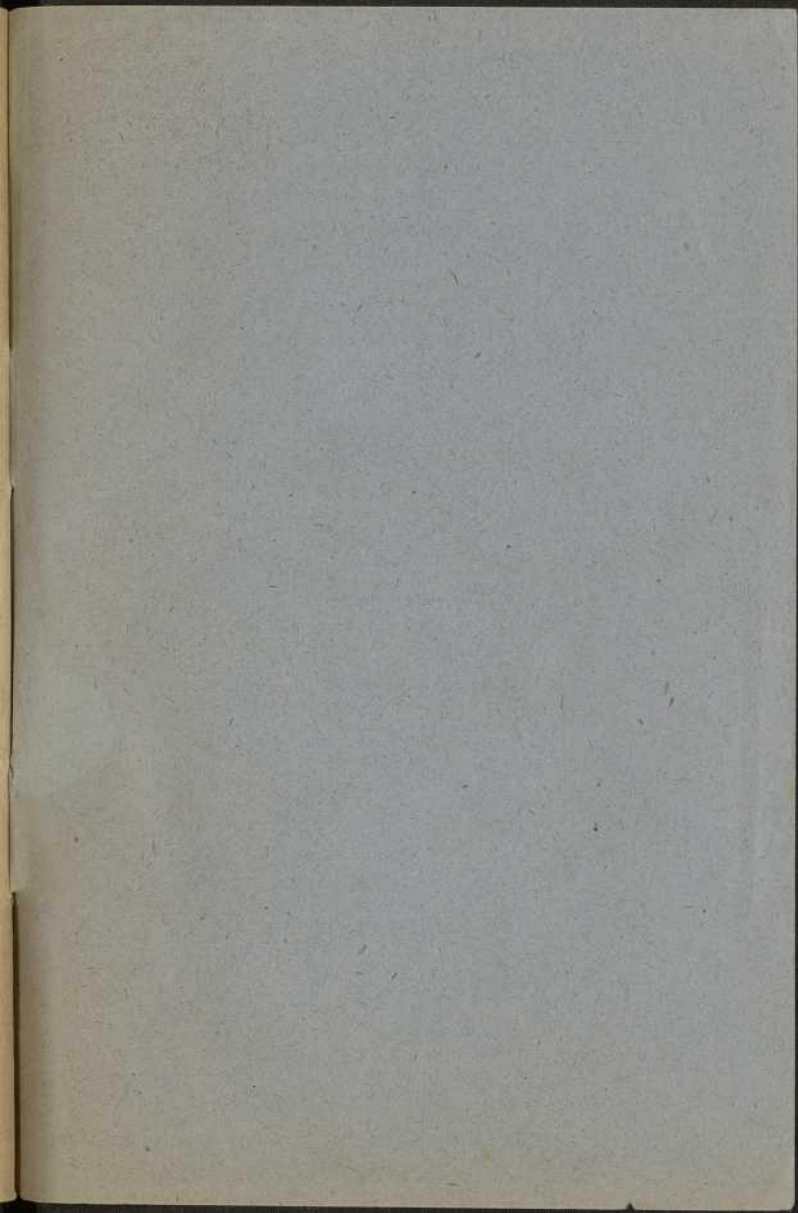
Llorosos y arrepentidos
todos los hijos de Briones,
con sentidos corazones,
perdón imploran unidos:
oid sus ruegos, Señor,
y usad de vuestro poder.

*Crucifijo soberano
venid nos a socorrer.*

Pues tenéis todo el poder
de Dios Padre en vuestra mano.

*Crucifijo soberano
venid nos a socorrer.*





53

785

JALON MENDIRI - LOGRONO